

26° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 26 del Tiempo Ordinario presenta varias sugerencias para que los creyentes puedan purificar su opción y formar parte, de forma plena y total, de la comunidad del Reino. Una de las sugerencias importantes (que la primera lectura presenta y que el Evangelio recupera), es la de que los creyentes no pretendan tener la exclusividad del bien y de la verdad, sino que sean capaces de reconocer y aceptar la presencia y la acción del Espíritu de Dios a través de tantas personas buenas que no pertenecen a la institución eclesial, pero que son signos vivos del amor de Dios en medio del mundo.

La primera lectura, presentando un episodio de la marcha del Pueblo de Dios por el desierto, enseña que el Espíritu de Dios sopla donde quiere y sobre quien quiere, sin estar limitado por reglas, por intereses personales o por privilegios de grupo. El verdadero creyente es aquel que, como Moisés, reconoce la presencia de Dios en los gestos proféticos que ve acontecer a su alrededor.

En el Evangelio tenemos una instrucción, a través de la cual Jesús intenta ayudar a los discípulos a situarse en el ámbito del Reino. En ese sentido, les invita a constituir una comunidad que, sin arrogancia, sin envidias, sin presunción de poseer en exclusiva el bien y la verdad, intenta acoger, apoyar y estimular a todos aquellos que actúan en favor de la liberación de los hermanos; les invita, también, a no excluir de

la dinámica comunitaria a los pequeños y a los pobres; les invita, todavía, a apartar de la propia vida todos aquellos sentimientos y actitudes que son incompatibles con la opción por el Reino.

La segunda lectura invita a los creyentes a no poner su confianza y su esperanza en los bienes materiales, pues son valores perecederos, que no aseguran la vida plena para el hombre. Además: las injusticias cometidas por quien hace de la acumulación de los bienes materiales la finalidad de su existencia, lo apartan de la comunidad de los elegidos de Dios.

PRIMERA LECTURA

¿Estás celoso de mí?
¡Ojalá todo el pueblo fuera profeta!

Lectura del libro de los Numeros

11, 25 - 29

En aquellos días, el Señor bajó en la nube,
habló con Moisés y, apartando algo del espíritu que poseía,
se lo pasó a los setenta ancianos.

Al posarse sobre ellos el espíritu,
se pusieron a profetizar en seguida.

Habían quedado en el campamento dos del grupo,
llamados Eldad y Medad.

Aunque estaban en la lista, no habían acudido a la tienda.

Pero el espíritu se posó sobre ellos,
y se pusieron a profetizar en el campamento.

Un muchacho corrió a contárselo a Moisés:

— «Eldad y Medad están profetizando en el campamento.»

Josué, hijo de Nun, ayudante de Moisés desde joven, intervino:

— «Señor mio, Moisés, prohíbeselo.»

Moisés le respondió:

— «¿Estás celoso de mí?

¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta
y recibiera el espíritu del Señor!»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El Libro de los Números (así llamado en la versión griega, por el hecho de que el libro comienza con una lista en la que se ofrecen los números de los miembros de cada tribu del Pueblo de Dios), presenta un conjunto de tradiciones, sin una gran preocupación por su coherencia y su lógica, sobre la estancia en el desierto de los hebreos liberados de Egipto. Son tradiciones de origen diverso, que los teólogos de las escuelas yahvista, elohísta y sacerdotal utilizan con fines catequéticos.

En su estado actual, el libro está dividido en tres partes.

La primera, narra los últimos días de estancia del Pueblo de Dios en el Sinaí (cf. Nm 1,1-10,10); la segunda presenta, en varias etapas, el camino del Pueblo por el desierto, desde el Sinaí hasta la planicie de Moab (cf. Nm 10,11-21,35); la tercera, presenta a la comunidad de los hijos de Israel instalada en la planicie de Moab, preparando su entrada en la Tierra Prometida (cf. 11,1-36,13).

Más que una crónica del viaje del Pueblo de Dios desde el Sinaí hasta las puertas de la Tierra Prometida, el Libro de los Números es un libro de catequesis. Pretende mostrar que la esencia de Israel es ser un Pueblo reunido alrededor de Yahvé y de la Alianza.

Con algún idealismo, los autores del Libro de los Números van describiendo cómo, por la acción de Yahvé, ese grupo informe de nómadas liberado de Egipto fue adquiriendo, progresivamente, una conciencia nacional y religiosa, hasta llegar a formar la "asamblea santa de Dios".

A lo largo del recorrido geográfico por el desierto, Israel va haciendo también un camino espiritual, durante el cual se va liberando de la mentalidad de esclavo, para adquirir una cultura de libertad y de madurez. El autor muestra cómo, por la acción de Dios (que está siempre presente en medio del Pueblo), Israel va progresivamente madurando, renovándose, transformándose, dilatando sus horizontes, convirtiéndose en un Pueblo más responsable, más consciente, más adulto y más santo.

El episodio que hoy se nos propone sucede poco después partir desde el Sinaí. En un lugar llamado Tabera (cf. Nm 11,3), el Pueblo se rebeló por no tener comida en abundancia y murmuró contra Yahvé. Moisés, cansado y desilusionado, se quejó al Señor porque no podía ya aguantar la carga de la conducción de este Pueblo rebelde (cf. Nm 11,11-15); entonces, Yahvé propuso a Moisés elegir a setenta ancianos que, después de ser ungidos por el Espíritu de Dios, le ayudarían en la tarea de conducir al Pueblo por el desierto (cf. Nm 11,16-24). Es precisamente en este punto en el que comienza nuestro texto.

1.2. Mensaje

Los "ancianos" (en hebreo: "tzequenîm") son una institución en el universo político y social de Israel. Son los "cabeza de familia" que formaban, en cada ciudad, una especie de "consejo" y que presidían la comunidad. Nuestro texto hace remontar hasta Moisés y al desierto la institución de los ancianos. En la perspectiva del catequista bíblico, ellos reciben el Espíritu de Dios para colaborar en el gobierno del Pueblo de Dios.

La forma como nuestro autor describe el don del Espíritu es la siguiente: Dios tomó "una parte" del Espíritu que estaba en Moisés y lo derramó sobre los setenta ancianos.

En la perspectiva del autor, la explicación es esta: Moisés poseía la plenitud del Espíritu cuando dirigió sólo al Pueblo de Dios; pero, cuando la responsabilidad del gobierno fue dividida con los setenta ancianos, también el Espíritu que reposaba en Moisés fue repartido entre todos. La descripción, además de brillante, da idea, por un lado, de la unidad del espíritu y, por otro, de compartir el mismo Espíritu por parte de todos aquellos a los que Dios llama a una misión.

La presencia del Espíritu de Dios en los ancianos se manifiesta en la capacidad de profetizar. El "profetismo" del que aquí se habla, no tiene nada que ver con el "profetismo" de los grandes profetas predicadores y escritores que Israel conocerá más tarde, sino que designa un estado de entusiasmo o frenesí, de éxtasis y delirio colectivo, destinado a crear un clima de fervor y de exaltación religiosa. En este momento, manifestaciones de este tipo son vistas como signos de la presencia del Espíritu de Dios.

La historia tiene, con todo un epílogo inesperado: Eldad y Medad, dos ancianos que estaban en la lista de los setenta escogidos, pero que no se encontraban presentes en el momento de la recepción del Espíritu, comenzaron también a profetizar. Josué creyó que se trataba de un abuso intolerable, que ponía en crisis las competencias de la jerarquía establecida y propuso a Moisés que le pusiera fin a eso.

La respuesta de Moisés es la respuesta de un hombre libre, magnánimo, de espíritu abierto, que no está interesado en el control de los mecanismos de poder, sino en la vida y la felicidad de su Pueblo: *"¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!"* (v. 29).

La respuesta de Moisés será un anuncio profético del día de Pentecostés, cuando el Espíritu de Dios se derramó sobre la totalidad del Pueblo de la Nueva Alianza (cf. Act 2,16-21).

1.3. Actualización

- ✚ La comunidad del Pueblo de Dios es la comunidad del Espíritu. El Espíritu no es un privilegio de los miembros de la jerarquía, sino que está vivo y presente en todos aquellos que abren el corazón a los dones de Dios y que aceptan comprometerse con Jesús y con su proyecto de vida. Igualmente en el hermano más humilde, en el más pobre, en el menos considerado de nuestra comunidad está el Espíritu.
- ✚ El episodio enseña, también, que el Espíritu de Dios es libre y actúa donde quiere y como quiere. No está limitado por fronteras, por reglas, por intereses personales, por privilegios de grupo. Ninguna Iglesia tiene el monopolio del Espíritu, ninguna institución puede controlarlo o encerrarlo. A veces, somos testigos de la acción del Espíritu en el mundo a través de personas que no pertenecen a nuestra institución religiosa. No tenemos que sentirnos molestos o envidiosos si Dios actúa en el mundo a través de personas que no pertenecen a nuestra Iglesia; tenemos que reconocer la presencia de Dios en los gestos de amor, de paz, de justicia, de solidaridad, de compartir que todos los días descubrimos (incluso de aquellos que se declaran ateos) y agradecer a Dios su presencia, su acción, su amor a favor de los hombres y del mundo.
- ✚ La certeza de que nadie tiene en exclusiva al Espíritu, nos obliga a apartar de nosotros cualquier actitud de fanatismo, de intransigencia o de intolerancia frente a formas de ver diferentes a las nuestras. Los prejuicios, los esquemas egoístas, las condenas a priori, los juicios apresurados, pueden hacer que pasen de largo, sin captarlos, los desafíos que el Espíritu, por medio de los hermanos, nos presenta
- ✚ Moisés, el líder del proceso de liberación que llevó a los hebreos desde la tierra de la esclavitud hasta la Tierra de la libertad, fue capaz de reconocer su debilidad y su incapacidad para "hacerlo todo" y aceptó la ayuda de la comunidad. No tuvo celos, ni envidia, ni miedo a perder el control del proceso, ni dificultad para aceptar la condisión de las tareas que el Señor le confió. Con su ejemplo, enseña a los responsables de nuestras comunidades a aceptar la ayuda de los hermanos, a compartir con los otros el peso de la responsabilidad de conducir a la comunidad del Pueblo de Dios. A veces, tenemos la convicción de que sólo nosotros somos capaces de hacer las cosas bien y evitamos aceptar la ayuda de los otros; otras veces, sentimos que la intervención de otras personas es una amenaza para nuestro poder y rechazamos cualquier ayuda; a veces, queremos controlar el caminar de la comunidad, porque no estamos dispuestos a renunciar a nuestros sueños, a nuestros proyectos personales... ¿Pensamos, alguna vez, que cuando no aceptamos compartir responsabilidades estamos impidiendo el crecimiento de los otros? ¿Pensamos, alguna vez, que cuando somos nosotros los que dirigimos todo, sin confrontarnos con perspectivas diferentes, podemos estar apagando los impulsos del Espíritu?

Salmo responsorial

Salmo 18, 8.10.12 - 14

**V/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

**R/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

**V/. La ley del Señor es perfecta
y es descanso del alma;
el precepto del Señor es fiel
e instruye al ignorante.**

**R/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

**V/. La voluntad del Señor es pura
y eternamente estable;
los mandamientos del Señor son verdaderos
y enteramente justos.**

**R/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

**V/. Aunque tu siervo vigila
para guardarlos con cuidado,
¿quién conoce sus faltas?
Absuélveme de lo que se me oculta.**

**R/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

**V/. Preserva a tu siervo de la arrogancia,
para que no me domine:
así quedaré libre e inocente del gran pecado.**

**R/. Los mandatos del Señor son rectos
y alegran el corazón.**

SEGUNDA LECTURA

Vuestra riqueza está corrompida

Lectura de la carta del apóstol Santiago

5, 1 - 6

Ahora, vosotros, los ricos, llorad
y lamentaos por las desgracias que os han tocado.
Vuestra riqueza está corrompida
y vuestros vestidos están apolillados.

Vuestro oro y vuestra plata están herrumbrados,
y esa herrumbre será un testimonio contra vosotros
y devorará vuestra carne como el fuego.

¡Habéis amontonado riqueza, precisamente ahora,
en el tiempo final!

El jornal defraudado a los obreros
que han cosechado vuestros campos
está clamando contra vosotros;
y los gritos de los segadores

han llegado hasta el oído del Señor de los ejércitos.

Habéis vivido en este mundo con lujo y entregados al placer.

Os habéis cebado para el día de la matanza.

Condenasteis y matasteis al justo;

él no os resiste.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

La Carta de Santiago termina con dos grupos de exhortaciones donde el autor recuerda a sus interlocutores algunos de los aspectos que señaló anteriormente y que, en su perspectiva, deben ser tenidos en cuenta por parte de quien está interesado en vivir la vida cristiana con autenticidad.

Para el autor el acceso a la vida plena depende de dos opciones que el hombre hace cuando camina por esta tierra.

El primer grupo (cf. St 4,11-5,6), contiene un elenco de actitudes negativas, que los creyentes deben evitar a toda costa: hablar mal de los hermanos (cf. St 4,11-12), vivir en el orgullo y en la autosuficiencia frente a Dios (cf. St 4,13-17), vivir para los bienes materiales y practicar la injusticia contra los pobres (cf. St 5,1-6).

El segundo grupo (cf. St 5,7-20), contiene una lista de actitudes positivas que los creyentes deben asumir mientras esperan la venida del Señor: paciencia, perseverancia y firmeza en el hablar (cf. St 5,7-12), oración (cf. St 5,1-18) y preocupación para reconducir hacia el buen camino al hermano que anda errado (cf. St 5,19-20).

El texto que se nos propone hoy es un grito profético de denuncia de los ricos, de su orgullo y autosuficiencia, de su obsesión por los bienes materiales.

Este texto debe ser colocado en el marco general de una época de profundas desigualdades: al lado de una riqueza desmesurada y sin límites, vive y sufre la miseria más aguda. La explotación del pobre y la violencia contra los humildes eran, en aquella época, fenómenos demasiado frecuentes y que los cristianos conocían bien.

2.2. Mensaje

La primera parte de nuestro texto (vv. 1-3), trata del problema de la acumulación de riquezas. El autor, como en una visión profética, contempla el final de los tiempos y describe, con violencia, la suerte que espera a aquellos cuyo objetivo principal en la vida sea el acumular bienes.

¿Los bienes, el poder, la consideración de la que gozan en este mundo les servirá de algo, cuando llegue al juicio final, el momento en el que se decida el destino definitivo del hombre? Obviamente que no.

Esos bienes en los cuales los ricos depositan, ahora, toda su seguridad y esperanza, perderán todo el valor ("*Vuestra riqueza está corrompida y vuestros vestidos están apolillados...*" vv. 2-3a); o, peor aún, será un testigo de cargo, que denunciará el apego descontrolado por los bienes materiales, el orgullo y la autosuficiencia, las injusticias practicadas contra los pobres. El destino final de los bienes perecederos es la destrucción, y, quien tenga a los bienes materiales como a su dios, su referencia fundamental, no tendrá acceso a la vida plena y eterna (v. 3b.c).

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 4-6), el autor se refiere al origen de esos bienes acumulados por los ricos. Para el autor, no hay dudas ni términos medios: la riqueza proviene siempre de la explotación de los pobres.

Como ejemplo, el autor cita el no pagar los salarios debidos a los trabajadores que trabajaban en los campos de los ricos (v. 4). Se trata de un pecado que la Ley condena de forma vehemente y que Dios castigará duramente (cf. Lv 19,13; Dt 24,15). No pagar el salario al trabajador es condenarlo a muerte, así como a toda su familia (v. 6). Los lujos y los placeres de los ricos son producto, de esta forma, de la muerte de los pobres.

Naturalmente, Dios no puede pactar con la injusticia y, por eso, no quedará indiferente ante el sufrimiento del pobre y del oprimido. El clamor de los injustamente tratados sube de la tierra hasta donde está Dios y provoca la actuación de Dios.

Con ironía mordaz, el autor compara al rico con el ganado cebado, preparando el día de su propia matanza (v. 5): los ricos, viviendo en el lujo y en los placeres a costa de la sangre de los pobres, están preparando para sí mismos un camino de desgracia y de castigo.

El lenguaje del autor de la carta de Santiago es violento y colorista, al gusto de los predicadores de la época. Más allá de la vehemencia de las palabras debe llegarnos este mensaje: quien vive para los bienes materiales y pone en ellos el sentido de su existencia, difícilmente tendrá la posibilidad de acoger los dones de Dios y esa vida plena que Dios quiere ofrecer a los hombres.

Por otro lado, Dios no tolera la explotación, la opresión del pobre; y quien lleve su vida por caminos de injusticia, no podrá formar parte de la familia de Dios.

2.3. Actualización

✚ El autor de la Carta de Santiago critica a los ricos, en primer lugar porque viven solamente para acumular bienes materiales, olvidando los verdaderos valores. Hacen del oro y de la plata sus dioses y centran toda su existencia en valores caducos y perecederos.

Al final de su existencia van a darse cuenta que gastaron su vida corriendo tras algo que no da la felicidad ni conduce al hombre a la vida plena; su existencia habrá sido, entonces, un dramático equívoco.

El "aviso" del autor de la Carta de Santiago, conserva una asombrosa actualidad. La acumulación de bienes materiales se convierte, para tantos hombres de nuestro tiempo, en el único objetivo de la vida y en el criterio único para definir una vida con suerte. Con todo, aquellos que lo apuestan todo por los bienes perecederos, fácilmente constatan cómo esa opción no responde, en definitiva, a su sed de felicidad y de vida plena. El oro, la cuenta bancaria, el coche de lujo, la casa de ensueño, nos dan satisfacciones inmediatas y, tal vez, un cierto

estatus a los ojos del mundo; pero no sacian nuestra sed de vida eterna. Nosotros, los cristianos, estamos llamados a testimoniar que la vida verdadera brota de los valores eternos, esos valores que Dios nos propone.

- ✚ El autor de la Carta de Santiago critica a los ricos, en un segundo lugar, porque frecuentemente la riqueza es fruto de la explotación y de la injusticia. Acumular bienes a costa de la miseria y de la explotación de los hermanos es, en la perspectiva del autor de nuestro texto, un crimen abominable y que Dios no dejará impune.

No es cristiano quien no paga el salario justo a sus empleados, aunque ofrezca, después, grandes sumas para la construcción de una iglesia;

no es cristiano quien especula con los bienes de primera necesidad, aunque vaya todos los Domingos a misa y pertenezca a varios grupos parroquiales,

no es cristiano quien inventa formas para no pagar impuestos, aunque sea muy amigo del párroco;

no es cristiano quien se aprovecha de la ignorancia y de la miseria para realizar negocios altamente rentables, aunque piense repartir con Dios los frutos de sus rapiñas.

- ✚ Una cosa debe quedar clara: Dios no apoya nunca a quien vive cerrado en sí mismo, en el acaparamiento egoísta de los bienes que Dios nos concedió para que fueran puestos al servicio de todos los hombres; y cualquier crimen cometido contra los pobres, es un crimen contra Dios, que aparta al hombre de la vida plena de comunión con Dios.

Aleluya

Jn 17, 17b. a

Tu palabra, Señor, es verdad;
conságranos en la verdad.

EVANGELIO

**El que no está contra nosotros está a favor nuestro.
Si tu mano te hace caer, córtatela**

✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
9, 38 - 43.45.47 - 48

En aquel tiempo, dijo Juan a Jesús:

— «Maestro, hemos visto a uno que echaba demonios en tu nombre, y se lo hemos querido impedir, porque no es de los nuestros.»

Jesús respondió:

— «No se lo impidáis, porque uno que hace milagros en mi nombre no puede luego hablar mal de mí.

El que no está contra nosotros está a favor nuestro.

Y, además, el que os dé a beber un vaso de agua, porque seguís al Mesías, os aseguro que no se quedará sin recompensa.

El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar.

Si tu mano te hace caer, córtatela: más te vale entrar manco en la vida, que ir con las dos manos al infierno, al fuego que no se apaga.

Y, si tu pie te hace caer, córtatelo: más te vale entrar cojo en la vida, que ser echado con los dos pies al infierno.

Y, si tu ojo te hace caer, sácatelo: más te vale entrar tuerto en el reino de Dios, que ser echado con los dos ojos al infierno, donde el gusano no muere y el fuego no se apaga.»

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Estamos, todavía, en Cafarnaún (cf. Mc 9,33), la ciudad de pescadores situada junto al lago de Tiberíades. Jesús está "en casa" rodeado por los discípulos. La marcha a Jerusalén está próxima y los discípulos son conscientes de que se aproximan tiempos decisivos para ese proyecto en el que están metidos.

A pesar de su opción inequívoca por Jesús, los discípulos continúan dando muestras de no haber conseguido todavía asumir los valores del Reino. Para ellos, el seguimiento de Jesús es una opción que deberá traducirse en la realización de determinados sueños de poder, de grandeza y de prestigio. Por eso, se sienten inquietos y envidiosos cuando encuentran algo que pueda poner en peligro sus intereses, su autoridad, sus "privilegios".

Jesús intenta formar, con paciencia, a los discípulos en la lógica del Reino. El texto que la liturgia de este Domingo nos propone como Evangelio, es sobre todo una instrucción que Jesús dirige a los discípulos para mostrarles los valores que deben interiorizar, si quieren formar parte de la comunidad mesiánica.

Marcos unió aquí una serie de "dichos" de Jesús, inicialmente independientes entre sí y pronunciados en contextos diversos. Estos "dichos" presentan exigencias distintas que los discípulos de Jesús deben tener en cuenta y que, en última instancia, definen la pertenencia o la no pertenencia a la comunidad del Reino.

3.2. Mensaje

Estando el Evangelio de este Domingo constituido por un conjunto de "dichos" de Jesús, originariamente independientes unos de los otros y tratando cuestiones diversas, tenemos varios temas que atraviesan nuestro texto.

El tema principal (que también es el asunto del que trata la primera lectura) aparece en **la primera parte** del Evangelio. Se refiere a la necesidad de la comunidad cristiana de ser una comunidad abierta, acogedora, tolerante, capaz de aceptar como signos de Dios los gestos liberadores que suceden en el mundo.

En los primeros versículos de este texto, Juan (en esta ocasión portavoz del grupo) se queja por el hecho de haberse encontrado con alguien que "expulsaba demonios" en nombre de Jesús, pero que no pertenecía al grupo de los discípulos; considerando un abuso la utilización del nombre de Jesús por parte de alguien que no forma parte de la comunidad mesiánica, los discípulos intentan impedirselo (vv. 38-41).

La actitud de los discípulos muestra, antes que nada, arrogancia, sectarismo, intransigencia, intolerancia, celos, mezquindad, pretensión de monopolizar a Jesús y su

propuesta, presunción de ser los dueños exclusivos del bien y de la verdad. Pero, detrás de la reacción de los discípulos parece estar, también, una gran preocupación por la realización de los proyectos personales de prestigio y grandeza que casi todos ellos alimentaban.

Poco tiempo antes, habían estado discutiendo unos con otros acerca de quien sería el mayor y de quién recibiría los puestos importantes en el Reino que, con Jesús, iba a nacer (cf. Mc 9,33-37); ahora, ellos están inquietos y preocupados porque ha aparecido alguien fuera del grupo que pretende actuar en nombre de Jesús y que puede, en un futuro próximo, disputarles los lugares de relieve en la estructura política del Reino.

Jesús intenta llevar a los discípulos a superar esta visión sectaria y egoísta de la misión. En la perspectiva de Jesús, quien lucha por la justicia y realiza obras en favor del hombre, está de su lado y vive en la dinámica del Reino, aunque no esté formalmente dentro de la estructura eclesial.

La comunidad de Jesús no puede ser una comunidad cerrada, exclusivista, monopolizadora, que se enfada y siente celos cuando alguien de fuera hace el bien; ni puede sentirse atacada en sus privilegios y derechos por el hecho de que el Espíritu de Dios actúe fuera de las fronteras de la Iglesia.

La comunidad de Jesús debe ser una comunidad que pone, por encima de sus intereses, la preocupación por el bien del hombre; y debe ser una comunidad que sabe acoger, apoyar y estimular a todos aquellos que actúan en favor de la liberación de los hermanos.

En la segunda parte de nuestro texto (vv. 42-48) tenemos otros "dichos" de Jesús, que abordan otros temas. Son, también, unas indicaciones a los discípulos sobre las actitudes a asumir para formar parte plenamente de la comunidad del Reino.

En esos "dichos", se emplean imágenes fuertes, expresivas, hiperbólicas, muy al gusto de los predicadores de la época, destinadas a impresionar profundamente a los oyentes.

No son expresiones para traducir al pie de la letra, sino que son expresiones que pretenden señalar la necesidad de realizar elecciones acertadas, de optar con radicalidad por los valores del Reino.

El primero de esos "dichos" es un aviso a aquellos que "escandalizan" a los "pequeños" (v. 42). En nuestra cultura, "escandalizar" es dar un mal ejemplo o realizar un hecho que asusta o hiere la susceptibilidad de aquellos que son testigos de esa acción.

En el lenguaje de Marcos, sin embargo, "escandalizar" tiene un significado un tanto diferente. El verbo griego "scandalizô" aquí utilizado define, en Marcos, la acción de abandonar el seguimiento de Jesús, de no tener el coraje para asumir la propuesta que Jesús vino a realizar (cf. Mc 4,17; 8,35.38). Los "pequeños" de los que Jesús

habla, son los miembros de la comunidad que están en una situación de dependencia, de debilidad, de necesidad.

Los miembros de la comunidad del Reino deben, por tanto, abstenerse de cualquier actitud que pueda alejar a alguien (especialmente a los pequeños, a los débiles, a los pobres) de la adhesión a Jesús y del camino que él vino a proponer. Hacer algo que aparte a una de esas personas de Cristo y de la comunidad, es algo verdaderamente inadmisibile e impensable (a quien hiciera eso, *"más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y lo echasen al mar"*, v. 42).

El segundo "dicho" de Jesús (vv. 43-48) se refiere a la absoluta necesidad de arrancar de la propia vida todos los sentimientos y actitudes que son incompatibles con la opción por Cristo y por su propuesta.

Cuando Jesús habla de cortar la mano (la mano es, en esta cultura, el órgano de la acción, a través del cual se concretan los deseos que nacen en el corazón), o de cortar el pie, o de arrancar el ojo que es ocasión de pecado (el ojo es, en esta cultura, el órgano que da entrada a los deseos), está subrayando, con toda vehemencia, la necesidad de actuar, allá donde las acciones del hombre tienen su origen y eliminar, en la fuente, las raíces del mal.

Estando en juego el destino último del hombre, no se puede prorrogar o aplazar "cortes" importantes en las actitudes del egoísmo y de la autosuficiencia que apartan a los hombres de Dios y de la vida plena.

Hay, todavía, en este segundo "dicho", referencias sucesivas a un castigo en el "infierno" ("Gehenna"), "donde el fuego no se apaga", para aquellos que rechacen cortar con las actitudes y los sentimientos incompatibles con el seguimiento de Jesús. La palabra "Gehenna" viene del hebreo "Ge Hinnon" ("Valle de Hinnon"). Se refiere a un valle situado al sudoeste de Jerusalén, donde eran enterrados los muertos y donde, día y noche, era quemada la basura producida por los habitantes de la ciudad. Era considerado, por tanto, un lugar maldito, impuro, tenebroso, que convenía evitar.

Jesús utiliza aquí la imagen del "Ge Hinnon" para hablar de una vida perdida, frustrada, destruida, maldita, sin sentido. Quien no sea capaz de cortar con el egoísmo, el orgullo, la autosuficiencia, es como si, en lugar de vivir en un lugar libre y feliz, estuviese condenado a vivir en el "Ge Hinnon".

3.3. Actualización

- ✚ El evangelio de este Domingo nos presenta a un grupo de discípulos que todavía están muy atrasados en el aprendizaje del "camino del Reino". Ellos todavía piensan con la lógica del mundo y tienen dificultad para liberarse de sus intereses egoístas, de sus esquemas personales, de sus prejuicios, de sus sueños de grandeza y de poder. No quieren entender que, para seguir a Jesús, es preciso cortar con ciertos sentimientos y actitudes que son incompatibles con la radicalidad que la opción por el Reino exige.

Las dificultades que estos discípulos tienen para responder a Jesús, no nos son extrañas: también forman parte de nuestra vida. Así, la instrucción que, en este texto, Jesús dirige a sus discípulos nos sirve también a nosotros. Las propuestas de Jesús están destinadas a los discípulos de todas las épocas; pretenden ayudarnos a purificar nuestra opción y a formar parte, con plenitud, de la comunidad del Reino.

- ✚ Antes de nada, Jesús muestra a los discípulos que la comunidad del Reino no puede ser una secta arrogante, cerrada, intolerante, fanática, que se arroga la posesión exclusiva de Dios y de sus propuestas. Tiene que ser una comunidad que sabe cual es su papel y su misión, pero que reconoce que no tiene la exclusividad del bien y de la verdad y que es capaz de alegrarse con los gestos de bondad y de esperanza que acontecen a su alrededor, incluso cuando esos gestos tienen su origen en la actuación de no creyentes o de personas que no pertenecen a la institución eclesial.

El verdadero discípulo no tiene envidia del bien que otros hacen, no siente celos si Dios actúa a través de otras personas, no pretende tener el monopolio de la verdad ni tener en exclusiva a Jesús.

El verdadero discípulo se esfuerza, día a día, por ser testigo de los valores del Reino y se alegra con los signos de la presencia de Dios en tantos hermanos que pertenecen a otros credos, que luchan por construir un mundo más justo y más fraterno.

- ✚ Los discípulos de los que el Evangelio de hoy nos habla están preocupados por la actuación de alguien que no es del grupo; ver ponerse en peligro sus sueños personales de poder y de grandeza.

Detrás de esta preocupación de los discípulos no está el bien del hombre (aquellos que, en última instancia, debería "mover" a los miembros de la comunidad del Reino), sino la salvaguarda de ciertos intereses egoístas.

En nuestras comunidades cristianas o religiosas, hay personas capaces de realizar gestos increíbles de donación, de entrega, de servicio a los hermanos; pero hay, también, personas cuya principal preocupación es proteger el espacio que han conquistado y continuar manteniendo un estatus de poder y de prestigio.

Cuando marginamos (con el pretexto de defender la pureza de la fe, los intereses de la moralidad, o la tranquilidad de la comunidad) a aquellos que desafían a la comunidad para que se purifique y busque nuevos caminos para responder a los retos de Dios, ¿estamos protegiendo los intereses de Dios o nuestros proyectos, nuestros esquemas interesados, nuestras apuestas personales?

- ✚ En nuestro texto, Jesús exige de los discípulos el abandono radical de los valores, los sentimientos, las actitudes que son incompatibles con la opción por el Reino.

El discípulo de Jesús nunca está cómodamente instalado, sino que siempre está atento y vigilante, intentando detectar y eliminar de su existencia todo aquello que le impide el acceso a una vida plena.

Naturalmente, la renuncia al egoísmo, a la comodidad, al orgullo, a los esquemas personales, a la voluntad de poder y de dominio, a la búsqueda del éxito, del aplauso de la gente, es un proceso difícil y doloroso; pero es, también, un proceso liberador y generador de vida nueva.

¿Prioritariamente, con qué es con lo que necesito "cortar" en mi vida, para identificarme más con Jesús, para merecer formar parte de la comunidad del Reino, para ser más libre y más feliz?

- ✚ La llamada de Jesús a su comunidad, en el sentido de no "escandalizar" (alejar de la comunidad del Reino) a los pequeños, nos hace pensar en la forma como nos relacionamos, en cuanto personas y en cuanto comunidades, con los pobres, los que fallaron, los que tienen actitudes moralmente reprobables, aquellos que tienen una fe poco consistente, aquellos que la vida marcó negativamente, aquellos que la sociedad margina y rechaza.

¿Encuentran en nosotros la propuesta liberadora que Cristo les hace, o encuentran en nosotros rechazo, injusticia, marginación, mal ejemplo?

Quien ve nuestro testimonio, ¿encuentra razones para unirse a Cristo, o para apartarse de Cristo?